

EL HOMBRE EN LA VENTANA

Todas las personas que conocieron a Franz Kafka en su juventud o en su madurez tuvieron la impresión de que le rodeaba una «mampara de cristal». Allí estaba, detrás de ese cristal muy transparente, caminaba con gracia, gesticulaba, hablaba: sonreía como un ángel metódico y ligero; y su sonrisa era la última flor de una gentileza que se daba y enseguida se hurtaba, se prodigaba y se replegaba celosamente en sí misma. Parecía decir: «Soy como vosotros. Soy uno de vosotros, sufro y gozo como hacéis vosotros». Pero cuanto más participaba del destino y de los sufrimientos ajenos, más se excluía del juego, y esa sombra sutil de invitación y de exclusión en la comisura de sus labios aseguraba que él no podría estar nunca presente, que vivía lejos, muy lejos, en un mundo que tampoco era el suyo.

Pero ¿qué veían los otros detrás de la frágil mampara de cristal? Era un hombre alto, flaco, endeble, que paseaba su largo cuerpo como si lo hubiera recibido de regalo. Tenía la impresión de que no crecería nunca; y que jamás conocería el peso, la estabilidad y el horror de lo que los demás llaman con una incomprendible alegría la «edad madura». En cierta ocasión le confesó a Max Brod: «Yo no alcanzaré nunca la edad de hombre: de niño pasaré a ser enseguida un viejo con el pelo blanco». Todos se sentían atraídos por sus grandes ojos, que él mantenía siempre muy abiertos y en ocasiones desencajados y que en foto-

grafía, impresionados por el imprevisto destello del magnesio, parecían de poseído o de visionario. Tenía unas largas pestañas y unas pupilas que son definidas a veces como marrones, otras grises, cuando no azul acero, o simplemente oscuras, mientras que un pasaporte asegura que eran de «un gris azulado oscuro». Cuando se miraba al espejo le parecía que sus miradas eran «increíblemente enérgicas». Pero los demás no se cansaban de comentar e interpretar sus ojos, como si solamente ellos ofrecieran una puerta de entrada a su alma. Alguno los juzgaba llenos de tristeza; otro se sentía observado y escrutado; otro los veía iluminarse de repente, resplandecer cual pepitas de oro y luego volverse pensativos e incluso distantes; otro los veía teñidos de una ironía unas veces indulgente, otras corrosiva; otro descubría en ellos asombro y una extraña astucia; otro, que lo había querido mucho, tratando de mil maneras de descubrir su enigma, pensaba que, al igual que Tolstói, sabía alguna cosa que el resto de los hombres ignoraba totalmente; otro los encontraba impenetrables; otro, por último, creía que una calma pétrea, un vacío mortal, una extrañeza fúnebre dominaba a veces su mirada.

Tomaba muy raramente la palabra por propia iniciativa: tal vez le parecía una insoportable arrogancia salir sin ser llamado al escenario de la vida. Su voz era dulce, clara y melodiosa: sólo la enfermedad habría de volverla apagada y casi ronca. Nunca decía nada trivial: todo lo que es cotidiano le resultaba ajeno, o bien era transfigurado por la luz de su mundo interior. Si el tema le inspiraba, hablaba con facilidad, elegancia, animación, a veces incluso con entusiasmo;

se dejaba llevar, como si todo pudiera ser dicho a todos; trabajaba sus frases con el placer del artesano satisfecho de la propia obra; y acompañaba las palabras con el juego de sus dedos largos y etéreos. A menudo fruncía el ceño, arrugaba la frente, sacaba el labio inferior, juntaba las manos, las posaba abiertas sobre la mesa escritorio o apretaba una contra su corazón, como un viejo actor de melodrama o algún nuevo mimo del cine mudo. Cuando reía, inclinaba la cabeza hacia atrás, apenas abría la boca y cerraba los ojos hasta hacer que se convirtieran en unas finas hendiduras. Pero ya fuese la disposición de su alma feliz o triste, él no perdía nunca ese don de los dioses: su soberana naturalidad. Precisamente él, que creía ser y era contradictorio y retorcido—nada más que un despojo, una piedra, una madera rota introducida en un campo revuelto, un fragmento que ha quedado de otros fragmentos, nada más que grito y desgarró—, dejaba la impresión de que sus gestos expresaban la «calma en el movimiento». Ya en la vida, antes que en la escritura, alcanzaba la quietud. Nada puede provocar en los hombres una impresión más profunda. Venían a él, inquietos o inseguros o simplemente curiosos, viejos amigos, escritores ya consagrados, jovencitos desdichados y megalómanos, y sacaban de él una impresión de bienestar y casi de alegría. Delante de él, la vida cambiaba. Todo parecía nuevo; todo parecía visto por primera vez; de una novedad a menudo muy triste, pero sin excluir nunca una última posibilidad de conciliación.

Cuando daba una cita a los amigos, siempre llegaba con retraso. Llegaba a la carrera, con una son-

risa de embarazo en el rostro, y con la mano posada sobre el corazón como diciendo: «Soy inocente». El actor Löwy le esperaba largo rato debajo de casa. Si veía la luz encendida en el cuarto de Kafka, suponía: «Ahora está escribiendo»; luego se apagaba una luz de golpe, pero permanecía encendida en la estancia contigua, y entonces se decía: «Está cenando»; la luz volvía a encenderse en su habitación, donde él estaba lavándose los dientes; cuando se apagaba, Löwy pensaba que estaba bajando a toda prisa las escaleras; pero he aquí que volvía a encenderse de nuevo, quizá Kafka había olvidado algo... Kafka explicaba que le encantaba esperar: una larga espera, con lentas miradas de consulta al reloj y un indiferente ir y venir, le resultaba algo tan placentero como estar arrellanado en un sofá con las piernas estiradas y las manos en los bolsillos. Esperar daba un objetivo a su vida, que de lo contrario le parecía muy indeterminada: tenía un punto de referencia fijo ante sí, que marcaba su tiempo, y le aseguraba que existía. Tal vez olvidaba decir que llegar con retraso era para él una manera de eludir el tiempo: de triunfar sobre él, debilitándolo poco a poco y sustrayéndose a su latido regular.

Los amigos lo distinguían desde lejos, siempre vestido con ropa limpia y cuidada, nunca elegante: trajes grises o azul marino, como un empleado. Durante un largo período, en su sueño de escepticismo y de impassibilidad estoica, llevó un solo traje para la oficina, la calle, la mesa de trabajo, el verano y el invierno; y ya en pleno noviembre, mientras todos llevaban unos pesados sobretodos, él aparecía por las calles «se-

mejante a un loco en traje veraniego con un sombrero estival», como si su intención fuera imponer un uniforme único a la diversidad de la vida. Apenas veía a los amigos, parecía feliz. Aunque se comunicase con ellos sólo «con la punta de los dedos», era de una cortesía china, nacida de la extenuación del corazón y de un casi inalcanzable refinamiento del espíritu. Tenía, en el porte, una gracia irónica, la ligereza de un Carroll, de un santo hasídico o de un duende romántico, una fantasía caprichosa, vaga y errabunda: delicadezas de poesía oriental, deliciosos *marivaudages*, juegos con el humo, con el corazón y con la muerte.

Cuando estaba con los amigos desplegaba de buen grado sus aptitudes de mimo. Unas veces imitaba a alguien manejando el bastón de paseo, el gesto de sus manos y el movimiento de sus dedos. Otras imitaba a una persona en toda la complejidad de su forma de ser, y su mimetismo interior era tan poderoso y perfecto que resultaba inconsciente. A menudo leía textos que le gustaban, con alegría y arrebató, con ojos brillantes de la emoción, con voz rápida, capaz de recrear el ritmo por medio de secretas vibraciones melódicas, haciendo resaltar las entonaciones con una precisión extrema, saboreando ciertas expresiones que repetía o subrayaba con insistencia; hasta en el momento en que Flaubert o Goethe o Kleist, él, que leía, sus amigos o sus hermanas se fundían en la estancia en un único ser. Era su sueño de poder: el único que él, enemigo de todo poder, deseara nunca ver hecho realidad. De muchacho, había soñado que estaba en una gran sala llena de gente y leía en voz alta *La educación sentimental* entera: sin detenerse, sin

interrumpirse ni un solo momento, durante todas las noches, las mañanas y las tardes necesarias, como luego soñaría con escribir de un tirón *El desaparecido* o *El castillo*. Los otros le escucharían, sin cansarse, pendientes de sus labios, fascinados.

Terminada la velada, Kafka volvía a casa con su ligereza de pájaro. Caminaba con paso raudo y veloz, ligeramente encorvado, la cabeza un poco inclinada, oscilando como si unas ráfagas de viento lo arrastrasen ya a una parte, ya a otra de la calle; posaba las manos cruzadas sobre los hombros; y su gran zancada, la tez oscura de su rostro, hacían que le tomaran a veces por un indio mestizo. Pasaba así, en la noche ya cerrada, absorto en sus pensamientos, por delante de las casas, iglesias, monumentos y sinagogas, doblando por las pintorescas y oscuras callejas laterales que atraviesan Praga. Era su manera de despedirse de la vida y de restar fuerza a la segura infelicidad del día siguiente.

Por la mañana a las ocho llegaba puntual a su oficina en la Compañía de Seguros de Accidentes de Trabajo para el reino de Bohemia. Delante de su escritorio cubierto de un montón desordenado de papeles y de asuntos, le dictaba al mecanógrafo; de vez en cuando, la mente se detenía, vacía de toda idea; y el mecanógrafo dormitaba, encendía su pipa o miraba por la ventana. Tomaba parte en reuniones; redactaba documentos e informes; realizaba inspecciones. Estaba considerado un empleado excelente: «incansable, diligente y ambicioso [...], un trabajador muy celoso, de un talento nada corriente y extraordinariamente cumplidor de su deber». Sus superiores no

sabían que él no era en absoluto «ambicioso». Trabajaba allí, en medio de aquel guirigay, entre aquella multitud de empleados, de porteros y de trabajadores desafortunados, solamente porque sabía que no debía consagrar todo su tiempo a la literatura. Temía que la literatura le tragase, como un remolino, hasta hacerle perderse en sus regiones infinitas. No podía ser libre. Necesitaba de una constricción: tenía que consagrar las jornadas a otra tarea; y sólo entonces podría robar en su cárcel cotidiana esas horas preciosas, esas horas nocturnas, en las que su pluma perseguía el mundo desconocido que alguien le había impuesto sacar a la luz. El trabajo de la oficina le proporcionaba el sutil placer, que él disfrutó como pocos, de ser irresponsable: ninguna decisión autónoma, ninguna hoja escrita a mano, y al pie de página, no el nombre, sino las iniciales fk. Pero ¡qué tensión exigía esta doble vida! Estaba en lucha con la inmensa y tortuosa actividad de la oficina y con los fantasmas de sus noches; no conocía la comodidad, no tenía tiempo; le quedaban pocas horas para dormir; y por este conflicto más de una vez pensó que acabaría destrozado, o que la única vía de salvación era la locura.

Volvió a casa—a su otra cárcel, «tanto más opresiva cuanto que parecía una casa burguesa exactamente igual a las demás»—en torno a las dos y cuarto de la tarde. Decía que vivía en ella como un extraño, por más grande que fuera su amor por sus padres y hermanas. No participaba en los rituales de familia: jugar a las cartas, las reuniones. A veces, un tímido beso de su madre al desearle buenas noches lo acercaba a ella. «Así está bien», decía él. «Nunca me he

atrevido—respondía la madre—. Pensaba que no te gustaba. Pero si te gusta, también yo estoy muy contenta»; y le sonreía con una ternura ya desaparecida y de algún modo renacida para la ocasión. No compartía las comidas comunes. Mientras que los otros comían carne—esa carne que despertaba en su memoria, llena de odio y de asco, el recuerdo de toda la violencia que los hombres habían desplegado sobre la tierra, y los minúsculos filamentos que se quedaban entre los dientes se le antojaban gérmenes de podredumbre y de fermentación como los de un ratón muerto entre dos piedras—, él derramaba sobre la mesa la rica cornucopia de la naturaleza. Siempre le había gustado la comida de los restaurantes vegetarianos: col verde y huevos al plato, pan integral, sémola con zumo de frambuesa, lechuga con nata, vino de grosella; y los alimentos suaves de los sanatorios, como compota de manzana, puré de patatas, verdura licuada, zumos de fruta, tortillas dulces, fáciles de ingerir y que uno casi no nota al tragar. Trataba de seguir estas dietas; y yogures, pan negro de malta, nueces y avellanas, castañas, dátiles, higos, uva, almendras, pasas, azúcar, plátanos, miel, peras, naranjas y piñas le proporcionaban ese sustento suave que había de sostenerlo durante el trabajo nocturno.

Luego se retiraba a su habitación, que era un lugar de paso o más bien una arteria ruidosa que unía la salita de estar con el dormitorio de sus padres. Había una cama, un armario, un pequeño y viejo escritorio con unos pocos libros y muchos cuadernos. En las paredes tal vez aún estaban las reproducciones del piso de la Zeltnergasse: una estampa de *El labrador*

de Hans Thoma y el vaciado en yeso de un pequeño relieve antiguo, una ménade danzando mientras blandía un muslo de animal. Su mesa no siempre estaba en orden: del cajón sobresalían folletos, viejos periódicos, catálogos, tarjetas postales ilustradas, cartas abiertas o rotas, formando una especie de escalinata: el cepillo yacía con las cerdas hacia abajo, el portamonedas estaba abierto por si había que hacer algún pago, del manojo de llaves sobresalía una, lista para ser usada, y la corbata estaba parcialmente anudada todavía en torno al cuello duro. Con su sensibilidad agudizada por la neurosis, no soportaba los ruidos: le parecía vivir y escribir en el «cuartel general del ruido de todo el piso», «con un temblor constante en la frente». Las puertas golpeaban, y su ruido ahogaba los pasos apresurados de sus padres y hermanas. La puerta del horno, en la cocina, también golpeaba. Su padre abría de par en par la puerta de su cuarto y la franqueaba arrastrando tras de sí el batín susurrante; alguien raspaba la ceniza en la estufa del cuarto contiguo; su hermana Valli preguntaba a tontas y a locas, como a través de un callejón de París, si el sombrero del padre había sido ya cepillado; otros silbidos, otros gritos; la puerta de la casa graznaba como una garganta acatarrada, para abrirse luego con el breve canto de una voz femenina y cerrarse con una sorda sacudida viril, y luego estaba el ruido más tierno, más desesperado, de los dos canarios.

Durante toda su vida, Kafka—el más espiritual de los hombres—estuvo obsesionado con su propio cuerpo. El cuerpo, que alguien le había atribuido al nacer por casualidad o por odio, le resultaba un obstáculo, le sabotaba, impedía su desarrollo intelectual y espiritual; junto a él no conocería más que un porvenir miserable. Era demasiado largo, anguloso y puntiagudo: no crecía derechamente, como los bellos cuerpos juveniles que admiraba, sino que lo obligaba a doblarse y a inclinarse hacia abajo; le quitaba toda espontaneidad y naturalidad. Su débil corazón, que ocasionalmente le asaltaba con unos dolorosos pinchazos, no conseguía bombear la sangre a todos sus miembros, que permanecían fríos y rígidos. Carecía de fuego interior: no poseía ese mínimo de grasa que permite alimentar el espíritu. Muy pronto comprendió la razón de esta flacura. Todas sus energías se habían concentrado en la literatura: había aniquilado las fuerzas que incitan a los demás a comer, a beber, a escuchar música, a tratar de filosofía; y su cuerpo había enflaquecido de forma antinatural, conservándose joven como un efebo, inmutable a través del paso de los años. Lo más grave era que ese cuerpo le era extraño: la más extraña de las formas que componían su naturaleza de soltero. Alguna divinidad enemiga lo había aprisionado dentro de sí, como dentro de una dura costra. Ahora se había vuelto contra él, y maquinaba quién sabe qué insidias. «Todo cuanto poseo está contra mí, y todo lo que está contra mí no está ya en mi poder. Si, por ejemplo, me duele el estómago, en realidad no es ya mi estómago, sino algo que esencialmente no es distinto de una persona extraña con

ganas de darme una paliza. Y todo es así, estoy hecho todo yo de puntas que penetran dentro de mí, y si quiero defenderme y recurrir a la fuerza, lo único que consigo es clavarlas más adentro». ¿Qué había dentro de su cuerpo? ¿Acaso un ovillo que se desenredaba rápidamente con un número infinito de hilos? ¿Y no existía el riesgo de que irrumpieran en él unas fuerzas enemigas, viniendo de la extraña inmensidad del mundo? Así, hasta los años de su enfermedad, Kafka decidió apropiarse de su cuerpo y domarlo. Paseaba durante horas, nadaba, hacía gimnasia, se exponía al aire libre, semidesnudo, esperando que los elementos lo reconciliaran consigo mismo.

Sentía, en su interior, un animal. Al componer con las figuras de su inconsciente un bestiario tan vasto como un bestiario medieval, unas veces distinguía en él un coleóptero o un abejorro aletargado, otras un topo que excavaba galerías en el suelo; un ratón que huía apenas llegaba el hombre; una serpiente que reptaba; un gusano aplastado por un pie humano; un murciélago que revoloteaba; un insecto parásito, que se alimentaba de su sangre; una bestia salvaje, que yacía desesperada en un sucio cubil o en su madriguera; una corneja gris como la ceniza, con las alas atrofiadas; un perro, que hacía rechinar sus dientes ante todo aquel que le molestaba o ladraba corriendo nerviosamente en torno a una estatua; un animal híbrido, con el cuerpo de cordero, la cabeza y las garras del gato, el pelo suave y los ojos salvajes y llameantes de ambos; o uno de aquellos hombres abyectos, aviesos y parásitos, que representó en la última parte de *El desaparecido*. Sentía horror de muchos

animales. Cuando, en Zürau, vivió rodeado de ratones, se sintió espantado por la muda e insidiosa fuerza animal que sentía ante su acecho; pero, al mismo tiempo, sentía que aquellas bestias estaban ocultas en su interior. Era algo que le horrorizaba por ello porque advertía la desconocida fiera potencial que habitaba en él; y, con terror y deseo, esperaba que se revelase de improviso, que sus miembros se recubriesen de pelos y su voz empezase a ladrar, tal como había leído en *Las metamorfosis* de Ovidio. Sabía que así descendería, por debajo del nivel de lo humano, a la oscuridad desconocida que se abría bajo nuestra conciencia; pero ello no le despertaba temor, porque el descenso sería también una ascensión de grado, la conquista de una luz y de una música que los hombres sólo habían sentido hasta entonces. Luego comprendió el significado de sus sensaciones. El animal que habitaba en él, coleóptero o tejón o topo, no era otro que su propia alma y su cuerpo de escritor, que se encerraba todas las noches y todos los inviernos en el sótano obedeciendo a la voz de la inspiración, como ciertos animales pasan el invierno en letargo en sus madrigueras nocturnas.

La mañana del 17 de noviembre de 1912, estaba en la cama, encerrado en su cuarto. Era domingo. La noche antes, escribiendo *El desaparecido*, no había quedado satisfecho: le parecía que la novela empeoraba; luego soñó que un cartero imaginario le entregaba dos mágicas e inagotables cartas de Felice. Ahora, en la cama, esperaba al cartero real, con las cartas reales de Felice. Lo esperó hasta las doce menos cuarto. En aquellas dos horas de terrible espera,

se vio asaltado por su angustia recurrente, la angustia de ser expulsado del mundo, como un animal parásito al que los hombres pueden expulsar o con el que emprenderla a patadas. Debió de pasar por momentos de absoluta alucinación y de delirio, perdiendo por completo la dimensión humana; y concibió un breve relato, que apremiaba dentro de él y quería ser desarrollado en palabras. Como siempre, poseído por la formidable rapidez de su inspiración, no dejó pasar el tiempo. Por la noche se puso a escribirlo, abandonando la redacción de *El desaparecido*: el relato se alargó enseguida en sus manos; no era ya un apólogo, sino un cuento que se extendía, que se ensancha por todas partes, englobando la fantástica complejidad de su vida y la de todos los hombres; y le hubiera gustado tener por delante una noche interminable en la que desarrollarlo por entero, y luego dormir para siempre. Lo terminó el 7 de diciembre. Era *La metamorfosis*.

En aquellos días, en el cuartito de la Niklasstrasse, se produjo una doble transformación. Mientras escribía en su madriguera nocturna, Kafka descendió cada vez más profundamente bajo tierra, donde ningún explorador de abismos había penetrado antes que él. Como todos los grandes creadores, reveló poseer el don de adoptar todas las formas y de mudar toda especie: en el espacio de casi un mes, asumió con frío delirio otro cuerpo; con ojos muy atentos y gozosos siguió la metamorfosis de su personaje, como si también él, mientras cubría el papel de signos más tupidos que esas patitas vibrátiles, se estuviera convirtiendo lentamente en un *Ungeziefer*, un enorme insecto parásito. También Tolstói se convertía en insecto, caballo, pájaro,

para transformarse en la vastedad del universo viviente. Kafka, en cambio, se transformaba sólo para descubrir la profundidad de sí mismo. Mientras tanto, hacía una transposición del piso de la Niklasstrasse, donde vivía con sus padres, al piso de Gregor Samsa. Todo se correspondía: el armario con los trajes, el escritorio y el sofá, el hospital visto desde la ventana, las luces de la calle que se reflejaban en la parte alta de la habitación, las puertas, la disposición de las otras habitaciones del piso. Así, durante un mes, su estancia se convirtió en el teatro de una tragedia que había durado un invierno.

Cuando se inicia el relato, la metamorfosis ya se ha producido. Por la tarde, Gregor Samsa era un viajante de comercio más; por la noche ha tenido unos sueños inquietos, por la mañana—una mañana de invierno como la noche en que escribía Kafka—su espalda es dura como un caparazón, su vientre, abombado, pardo y segmentado por unas curvas nervaduras, mientras que innumerables patitas, lamentablemente delgadas, se agitan y vibran con una dolorosa excitación ante sus ojos. A su alrededor, nada ha cambiado: el viejo cuartito, el muestrario de telas sobre la mesa, el retrato femenino recortado de una revista ilustrada, la melancólica lluvia que cae del cielo oscuro. ¡Con qué complicidad compartimos los sentimientos del nuevo *Ungeziefer!* Como Gregor, advertimos la espalda dura como un caparazón. Levantando un poco la cabeza, observamos nuestro vientre abombado y las mil patitas que temblequean: sentimos un dolor leve y sordo en el costado, un picor en el vientre, humedad, frío; nos asombramos cuando un pitido incontenible y do-

loroso se mezcla con nuestra voz, y cuando nuestras patitas, presa de una agitación frenética, no nos permiten bajar de la cama. Ninguna metamorfosis animal—ni Ovidio ni Dante—había sido nunca tan minuciosa, tan rotunda, tan capaz de implicarnos irremisiblemente. Pero Gregor Samsa parece mucho menos implicado que nosotros. Él no se asombra, no se aflige: parece que la metamorfosis sea, para él, un hecho obvio y natural como tomar el tren por la mañana a las siete. Consciente o inconscientemente, minimiza lo que ha sucedido: le quita importancia, lo considera subsanable, como si fuera incapaz de vivir trágicamente la tragedia absurda de su propio destino; con patética buena voluntad, trata de poner orden en lo sucedido, y así lo inconmensurable y lo terrible se convierten en algo normal. Kafka recurrió a una de sus más queridas técnicas narrativas, la «restricción de campo», que nos sustrae algunos datos de la conciencia de Gregor (como más tarde de Karl, de Josef K. y de K.). Así, sin ninguna intervención narrativa, consiguió representar con desgarradora sencillez la tremenda atonía, la dolorosa aceptación de vivir, que hacen de Gregor el último y el más grande de los héroes flaubertianos.

La metamorfosis se produce ante nuestros ojos. En un primer momento, Gregor Samsa se siente prisionero de un cuerpo que no le pertenece, y que no consigue guiar y dominar con la misma naturalidad con que guiaba sus viejos miembros. Si abre la boca para hablar, siente ese pitido irreprimible y doloroso, que le sube de las profundidades, mezclarse con sus palabras, y luego confundirse en el eco hasta el punto de

hacerle dudar de que las ha oído, se da cuenta de que su cuerpo es de «una descomunal anchura»: cuando trata de bajar de la cama, ya no tiene manos ni brazos, sino sólo unas patitas; trata de doblar una, tiene que estirarse y, cuando finalmente consigue doblarla, todas las otras patitas se agitan sin que él las mueva, con una grandísima y dolorosa excitación. Pronto, su naturaleza bestial gana terreno: la voz medio humana, medio animal se torna completamente animal, y él reconoce claramente las nuevas palabras, que antes le parecían oscuras. Comienza a adaptarse al nuevo cuerpo y a hacerlo propio: las innumerables patitas vibrátiles ya no lo aterrorizan; cuando toca el suelo, siente que le obedecen plenamente, que pueden transportarlo a donde quiera, como las piernas de otro tiempo, siente una sensación de bienestar físico y de alegría, como si hubiera entrado en sus verdaderos miembros. Comienza a utilizar sus antenas. Cuando sumerge la cabeza en la leche, que adoraba hasta hacía poco, le desagrada: ahora, como un insecto, gusta de las verduras pasadas y medio podridas, del queso estropeado, de las comidas putrefactas. El cuarto demasiado alto le espanta: el instinto animal le lleva a esconderse debajo del sofá, y a vagabundear entre las barreduras y los desechos.